

## **Domingo 8º. Tiempo Ordinario. Año A**

### **Lectio divina sobre Mt 6,24-34**

---

Las exigencias que el reino de Dios impone a quienes lo esperan son en extremo radicales. Tras haber advertido que una vida de piedad no puede alimentar hipocresía (Mt 6,1-18) y exigido desapego de los bienes terrenos (Mt 6,19-21), Jesús exhorta a un servicio a Dios sin fisuras (Mt 6,24) y a liberarse de la angustia por la propia supervivencia (Mt 6,25-34). El Dios de Jesús no va a permitir que la dedicación que espera de los suyos sea compartida, ni que sus discípulos se entretengan con nada: rendirle culto impone dejar de cultivar el dinero y olvidarse de preocuparse por él. Dios, piensa Jesús, puede exigir tamaña dedicación, porque se ha empeñado en hacer posible el futuro de quien le sirva totalmente. Quien opta por Dios se libra de tener que pensar en su manutención: ha dejado en sus manos su porvenir y ello le libera del agobio de tener que satisfacer sus necesidades, aunque no acabe del todo con ellas. Sólo quien sirve a Dios con exclusividad ha puesto vida y porvenir en buenas manos. Vive, pues, confiado.

---

#### **En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:**

<sup>24</sup>“Nadie puede estar al servicio de dos amos.

Porque despreciará a uno y querrá al otro;

o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo.

No podéis servir a Dios y al dinero.

<sup>25</sup>Por eso os digo: No estéis agobiados por la vida, pensando que vais a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? <sup>26</sup>Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? <sup>27</sup>¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?

<sup>28</sup>¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. <sup>29</sup>Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. <sup>30</sup>Pues, si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? <sup>31</sup>No andéis agobiados, pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. <sup>32</sup>Los gentiles se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso.

<sup>33</sup>Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. <sup>34</sup>Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos. “

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

El pasaje puede producir tanto una profunda consolación como parecernos inútil romanticismo. Tras haber recomendado una actitud de desapego con los bienes que se tienen, Jesús pasa ahora a proponer la liberación de la angustia por no poseer lo necesario: quien tiene a Dios como señor, puede pasar sin tener lo que precisa. Afanarse por conservar lo que se tiene o por obtener lo que aún no se ha logrado es vivir como si Dios no existiera.

No es muy lograda la estructura formal. El famoso *logion* de los dos amos (Lc 16,13; EvTom 74) expresa con una lograda formulación un archisabido hecho de vida: es imposible servir de verdad a dos señores a la vez; la cuestión no está en ser siervo de alguien - ¿quién no lo es? – sino pretender vivir bajo una doble sumisión. Y lo realmente curioso es que aquí, en la aplicación del simil (Mt 6,24d), queden identificados los dos señores: Dios y el Dinero, con mayúscula. Tan antidivino es cultivar dinero que impide dar culto al Dios verdadero.

Cuanto sigue viene propuesto como consecuencia, aunque en justicia no lo sea. Jesús piensa que sólo un servicio exclusivo a Dios puede librar al creyente de la inquietud que produce no contar con lo necesario para vivir. De hecho, la frecuencia del verbo *preocuparse* es significativa (Mt 6,25.27.28.31.34): refleja el motivo central de la exhortación, que aquí es algo más que simple instrucción. El tono impositivo que dan los imperativos y las negaciones es obvio.

La perícopa, que abunda en palabras y fórmulas interrelacionados entre sí (p. ej., vida/alimento; cuerpo/vestido), presenta tres partes, iniciadas las tres por un *no os agobiéis* (Mt 6,25.31.34). La primera ha sido desarrollada por dos ilustraciones en paralelo (Mt 6,26.28-30), que van separadas por una constatación negativa (Mt 6,27). La segunda repite la exhortación, añadiendo el comportamiento del pagano y el conocimiento de Dios como apoyo nuevo (Mt 6,31-32); se concluye contraponiendo a la angustia por los bienes que nos faltan la búsqueda del reino y su justicia (Mt 6,33). La tercera, muy breve, aporta una motivación algo ajena al contexto inmediato. La acumulación de preguntas retóricas (Mt 6,25.27.30) intenta provocar a la reflexión, motivando así la exhortación. La contemplación de la naturaleza como *palabra de Dios* que habla a quien la escucha es un motivo sapiencial, muy a tono con la predicación de Jesús de Nazaret.

---

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Que sea imposible servir bien a dos señores a la vez, también nosotros lo afirmamos con frecuencia; pero que el servicio de Dios no sea compatible con el culto al dinero es algo difícil de aceptar, también para nosotros, que decimos seguir a Jesús más de cerca. Que Dios se cuide de los suyos fue la convicción de Jesús y uno de los temas más constantes de su predicación; pero que, por e o mismo, no tengamos sus creyentes que preocuparnos por sobrevivir contradice nuestra experiencia diaria: ¡vaya que **si** nos inquieta tener que vivir mañana de cuanto conseguimos tener hoy!; ¿qué es la vida, si no una lucha por la existencia?. Cabe preguntarse, pues, si la postura de Jesús, en el monte de las bienaventuranzas, - o Dios o el dinero - resulta hoy útil, práctica: ¿qué sacaríamos en limpio, si nos dedicáramos a ponerla en práctica?; ¿o es que pensamos todavía que es, simplemente, posible servir sólo a Dios y dejar de preocuparse por todo lo que necesitamos en la vida?: ¿creemos de verdad que es practicable cuanto Jesús nos pide hoy?

En una sociedad como la nuestra, donde el culto al dinero se ha convertido en una ocupación desmedida, es más que lógico que cuestionemos la radicalidad de la posición de Jesús; vivimos tan inmersos en una cultura del dinero que no logramos siquiera entender que pueda haber conflicto entre hacer dinero y servir a Dios. Y es que, desde un punto de vista histórico, la capitalización de la vida humana ha ido pareja al desarrollo cultural y político, social y humano de nuestra civilización: generar riquezas y extender su posesión es, sin duda, un logro de la humanidad. Pero no es menos cierto que la religión, que es servicio a Dios, está siendo desplazada por la economía, que es servicio al dinero: hoy el culto al Dios verdadero ha quedado arrinconado en la esfera de lo privado, reservado a la propia intimidad, mientras que el cultivo del dinero se ha convertido en la preocupación dominante, cuando no ocupación prioritaria, en nuestra sociedad. Pocas veces se ha visto tamaño afán por hacer dinero junto a un desinterés tan pronunciado por Dios: cuanto más importancia social atribuimos al dinero, tanto menos nos importa Dios.

Ello no es, en modo alguno, casual: el culto al dinero que hoy se tributa entre nosotros es signo y efecto de la pérdida de relevancia de Dios. Los que aún seguimos esperándole deberíamos tomar buena nota de ello y actuar en consecuencia: no se puede creer en Dios y hacer dinero a cualquier coste; quienes ponen su fortuna en hacer fortuna, no tardarán en convertirse en maldición para sus prójimos y, a veces, también para los suyos. Y es que, si algo dejó Jesús claro, es la absoluta incompatibilidad entre el culto a Dios y el cultivo del dinero. Para sorpresa de sus oyentes, hoy como ayer, Jesús está convencido de que la riqueza humana es rival de Dios: quien se cree propietario de algo difícilmente aceptará ser siervo de alguien; el rico, al no reconocerse deudor de nadie, desconoce los derechos de su Dios y los menosprecia más fácilmente; por poder saldar sus deudas con el prójimo, el pudiente se libera de reconocerlo como próximo. En el fondo, con su alternativa sin concesiones, Jesús propone a quienes deseen ser súbditos del Reino el servicio de Dios como único modo de vivir, mientras se le espera. Jesús quería que cuantos viven anhelando el señorío de Dios, vivan ya como si Dios fuera su único bien: vale sólo el servicio del señor que es nuestro Bien supremo.

Esta postura de Jesús, aunque radical y extrema, es lógica consecuencia de su fe. La contraposición entre Dios y el dinero es imperativa sólo para quien vive bajo la lógica del Reino, esperando su próxima implantación y seguro de poder mantener su esperanza a pesar de sentir el poder del dinero y su seducción. Solamente teniendo a Dios en el corazón y su querer, su reino, como quehacer de las manos, se aleja eficazmente el discípulo de Jesús de endeudarse bajo el dinero, perdiendo su libertad. Ello no implica necesariamente que el cristiano tenga que renunciar a sus bienes; aunque Jesús se lo propuso a algunos, nunca lo impuso a todos. Pensaba, ciertamente, que la renuncia a la riqueza no es consejo para unos pocos, siendo exigencia permanente para todos., pero únicamente en el caso de que quedarse con el dinero llevara a quedarse sin Dios; cuando la posesión de algo, sea lo que fuera, pusiera en peligro ser posesión de Dios, todo es renunciabile; nada nos debe valer tanto como nuestro Dios: ningún bien es tan bueno como nuestro Padre.

No es que la riqueza sea mala, es que no es suficientemente buena comparada con Dios. Bien sabe Jesús que los bienes, todos, son buenos; pero sabe también que pueden convertirse en obstáculo para obtener a Dios; conoce la enorme capacidad de enajenar a Dios que tiene el dinero. Por eso, sólo a algunos pidió que dejaran cuanto tenían y lo pusieran a disposición de los más necesitados; pero exigió a todos los que le seguían que prefirieran a Dios antes que a sus posesiones; sin pararse a contar cuánto poseemos, espera Jesús de nosotros que no nos posean nuestras posesiones para darnos a Dios como patrimonio. Sólo quien entiende que Dios es su supremo bien, su mejor capital, puede encarar el día de mañana sin angustia. Y es por eso que Jesús, tras haber exigido un servicio a Dios, libre de la servidumbre del dinero, prometa a los suyos las atenciones de Dios.

Quien tiene a Dios como Padre no ha de dejarse agobiar por si tiene o no lo suficiente para vivir: vivir como hijo libera de la preocupación por la propia existencia. No es por tener más, por guardar mejor, por disponer de mayores capitales, como nos aseguramos el día de mañana: Dios da a sus amigos el pan, mientras duermen. Los cuidados que derrocha día tras día en su creación, con los pájaros del cielo y los lirios del campo, la imaginación con que los viste, ¿se le negará a los hijos?. Precisamente porque es bueno, mejor de cuanto podemos imaginarnos, nos sorprenderá todos los días dándonos cuantos bienes nos faltan: nada puede faltar a quien no le falta su Dios. La angustia ante el mañana surge en el corazón de quien no se sabe al cuidado de un Dios que le es todo un padre.

Quien hoy desee situarse ante el dinero, y ante su cultivo, como lo hizo Jesús, no podrá contentarse con repetir sus palabras: para reafirmar la frontal incompatibilidad que media entre el Dios de Jesús y el dinero, deberá ponerse al servicio del único Señor que le merece la pena y la vida, aquél que se la cuida. Y para lograrlo, tendrá que ver dónde y cómo se realiza hoy ese servicio y afrontar el reto de optar por el señor preferido. No plantearse el dilema sería intentar lo imposible, continuar la sumisión a dos amos: el Dios de Jesús no soporta medios siervos. En definitiva, pues, de la actitud vital que frente al dinero y las posesiones tengamos los discípulos de Cristo, dependerá, hoy como ayer, que la postura de Jesús aparezca ante nuestros contemporáneos como digna de fe. De bien poco sirve que volvamos hoy a repetir el dilema, si no lo vivimos día a día: si nosotros, que lo aceptamos, no lo hacemos creíble en nuestra vida, seguirán quienes no creen creyéndolo imposible.

No lo olvidemos: en nuestra relación diaria con el dinero y la riqueza se juega el cristiano hoy el reino de Dios y queda comprometida la credibilidad de Jesús frente al mundo. Para salvar ambos, el cristiano tiene que vivir de tal forma que resulte evidente a todos que ha preferido servir a Dios en exclusiva y vive sin agobio un presente en el que no dispone de todo.